

FOTO Y
NOMBRE
COMPLETO
FOTOS DE
MIJARES?

📄📷 José Mijares
📷 Pablo Besser

PACKRAFTAGONIA

“Prefiero la Patagonia sin caminos, nada piadosa y poco amiga de regalar favores; bella hasta gastar las palabras y dura hasta desesperar.”

Hace seis años me embarqué en una travesía de packraft por la Patagonia, siguiendo dirección N-S la costa occidental del Campo de Hielo Norte, por lugares poco visitados o sin explorar. Una ruta que, vista en perspectiva, puede que haya sido uno de los viajes más bonitos que haya hecho en toda mi vida. La mayoría del camino lo hicimos remando, algunas veces incluso contra la corriente de los ríos. Navegamos hermosas lagunas glaciares repletas de hielo y también fiordos sin playa, donde encontrar un par de metros cuadrados para poner una tienda de campaña era una proeza.

Para poder recorrer esa ruta de agua a lo largo de ríos, lagos y fiordos tuvimos que echar pie a tierra en muchas ocasiones y caminar por espesos bosques en los que avanzar un miserable kilómetro, podía costarnos medio día de asfixiante trabajo. Selvas cargadas de agua donde uno avanza empujando con el cuerpo y usando los brazos como si nadara a través de un túnel de lavado.

Esta Patagonia remota e inexplorada, se parece poco a la Patagonia cosida a refugios y senderos

balizados, donde los caminantes se cuentan por miles y el margen para la aventura ha quedado reducido a la categoría de anécdota. Prefiero la Patagonia sin caminos, nada piadosa y poco amiga de regalar favores; bella hasta gastar las palabras y dura hasta desesperar. Esa Patagonia no me la voy a terminar en lo que me queda de vida y, como dice el bolero, *“voy a llevarme la obsesión conmigo”*.

La travesía la llevamos a cabo Pablo Besser y yo, en Noviembre 2015, y sin encontrar a nadie en los 30 días en los que anduvimos peleando cada metro. Al primer hombre que vimos fue al que llamamos para que viniera a buscarnos y llevarnos de regreso a la civilización.

Pablo es una verdadera autoridad en los Campos de Hielo, el único que los ha cruzado longitudinalmente. Mientras escribo estas líneas Pablo está en el Campo de Hielo Sur, intentando subir a la última montaña virgen de 3.000 metros que queda. Según me cuenta, el tiempo es malo; llueve y hace viento, lo que no me sorprende nada. Quizás no consiga subir y tenga que volver a intentarlo en otra ocasión. De viajes de vuelta y fracasos cargados de ilusión están hechos nuestros sueños.



Pablo y yo ya habíamos compartido tienda y vida miserable en una travesía previa en Patagonia, cuando cruzamos con esquíes el Campo de Hielo Norte de E-O en el 2008. Antes de aquella travesía con Pablo, yo lo había cruzado de N-S en el 2007 con Hilo, y también en el 2006 con mi amigo Jose Antonio.

Salimos temprano de Santiago en el vuelo de la mañana, rumbo a Coyhaique, capital de la región de Aysen y epicentro de esa Patagonia desconocida. Aysen es tan grande como Portugal, más despoblado que Laponia y, como dice la propaganda local, “Aysen es vida”.

Al llegar al aeropuerto de Balmaceda, Don Pascual, un operador de viajes local, nos estaba esperando para llevarnos, sin tiempo que perder, hasta el Valle Exploradores. Es allí donde, a orillas del río del mismo nombre, empezaríamos la travesía.

La pista de ripio que baja desde Coyhaique se alterna con asfalto a lo largo de la Carretera Austral, pero Pascual no afloja y le da igual que haya asfalto o tierra en la ruta; va a todo lo que da el carro y uno tiene la sensación de que la camioneta va a desarmarse en cualquier momento.

De vez en cuando se ve algún ciclista por la pista y me recuerdo dando pedales en el lejano verano austral del año 2000. El paisaje no ha cambiado nada, quizás hay más asfalto y menos tierra en la pista, más ciclistas en grupo, mejor infraestructura y un poco menos de aventura; al menos, como yo lo recuerdo en aquella época, cuando la Carretera Austral terminaba en Villa O'Higgins y no había servicio de barco por el lago para cruzar a Argentina. En aquella ocasión, tuve que salir a caballo hacia la frontera en busca de un destacamento militar para poder continuar el viaje hasta Ushuaia.

El lago O'Higgins era el final de un viaje que obligaba a salir de regreso por el mismo camino en bus, o arriesgarse a coger la destartada avioneta local con fama de volar gracias a la pericia de un piloto que, tanto arriesgar en aterrizajes imposibles, hace años que vuela con el carnet de la buena suerte completamente gastado.

Desde Coyhaique pasamos por Cochrane, Cerro Castillo, Puerto Vagabundo, Puerto Tranquilo, Lago General Carrera. Me parece estar volviendo a casa.

Al llegar a Puerto Tranquilo doblamos hacia el Valle Exploradores por un camino minúsculo que obliga a reducir la marcha y avanzar más despacio. Por suerte, ningún corrimiento de tierra había cerrado la pista con cientos de toneladas de roca (como suele ser habitual) y, con cautela, llegamos hasta donde termina la pista. En octubre del 2015 el camino llegaba hasta la confluencia con el río Teresa, donde se estaba construyendo un puente.

Junto al puente en construcción, empezamos la travesía. Hinchamos los packraft y a media tarde, con unas pocas horas de luz por delante, empezamos a remar el río Exploradores, siguiendo la generosa corriente rumbo al mar. Habíamos salido cargados como mulas con equipo y comida para 30 días. Unos pocos kilómetros corriente abajo encontramos la confluencia con el río Sur, que era la entrada que habíamos elegido sobre el mapa para internarnos por el costado occidental del Campo de Hielo. Podíamos haber elegido un rumbo más sencillo para llegar hasta la laguna San Rafael, pero elegimos una vía de entrada mucho más difícil remontando el río Sur para conocer un valle muy desconocido y escaparnos de la única parte turística de la ruta.

Queríamos subir el río contra corriente para visitar la fabulosa laguna Reitcher, la caleta Gualas con su río y glaciar homónimo. Si hubiéramos seguido por el mar, el camino habría sido mucho más sencillo pero también más aburrido, así que empezamos apostando fuerte.

Remontar un río como el Sur, con todo ese caudal bajando, no era tarea fácil. Las orillas son pura jungla imposible de caminar, mucho menos con 40 kg de equipaje, así que no quedó más remedio que remar y caminar contra corriente durante 5 días. Tampoco puede decirse que hiciera calor en aquellos días, donde igual nos sorprendía la lluvia como la nieve y la humedad nos empapaba por completo.

Al límite de nuestra paciencia, cuando estábamos a punto de tirar la toalla, llegamos a la bellísima laguna del río Sur, rodeada de espeso bosque y montañas

nevadas. Dejar de luchar contra la corriente y contemplar aquel paisaje fue una verdadera alegría.

Remar por la laguna nos llenó de renovado optimismo, haciéndonos olvidar de un plumazo, como es habitual, todas las horas miserables. La laguna termina en un bosque bastante menos espeso que todo lo que habíamos visto hasta entonces, e incluso caminar era un ejercicio agradable. Si la selva del río Sur estaba al límite de lo que es posible caminar, en el bosque que ahora teníamos alrededor, se podía incluso disfrutar del paisaje. Encontramos un lugar con vistas a la laguna Reitcher y allí montamos el campamento.

Tiempo atrás, no sabría decir cuánto, la laguna Reitcher estaba cortada por un glaciar que hoy día se ha retirado, dejando una laguna navegable, y al final de la cual hay un paso sencillo sin árboles hasta

la siguiente laguna, la laguna Gualas. El noveno día montamos el mejor campamento de toda la expedición en un prado rodeado de montañas y glaciares de abrumadora belleza, acompañados por un frente anticiclónico que iba a durar unos días más, regalándonos un cielo azul sin viento y mucho calor. Con ese clima veraniego, remábamos a placer haciendo fotos entre los témpanos de hielo. Remamos el corto y correntoso río Gualas hasta el mar, en uno de esos días que cada tanto te regala la Patagonia como un premio a los que no se rinden. Entramos en la laguna San Rafael con un sol que nos quemaba la piel y secaba el paisaje, sin viento y sin olas, con la vista del glaciar San Rafael como un espejo de hielo.

En la laguna San Rafael, los témpanos de hielo a la deriva engrandecían el paisaje y hasta el cerro San Valentín, limpio de nubes, se veía ahora al alcance de la mano. El mismo San Valentín, que años atrás jugó con nosotros encerrándonos 8 días en una pequeña tienda de campaña durante un temporal que parecía no querer terminar nunca, estaba ahí ahora enseñoreándose manso y amigable.

Mientras remábamos por la laguna, con un ojo puesto en la orilla buscando un lugar despejado de árboles caídos y piedras de hielo varadas, noté que algo tocaba el suelo de mi packraft. Parecía que una foca se dedicaba a jugar conmigo tocando el fondo del packraft y saliendo a unos metros para mirarme a distancia. Cada vez que repetía la operación salía más cerca y me miraba como si estuviera tomándome las medidas. Muy grande me parecía aquella foca, hasta que volvió a salir delante de mí a unos pocos metros, mirándome ahora con la intensidad que miran los animales que vienen con aviesas intenciones. Era una foca leopardo. Absorto como estaba en el paisaje, había olvidado por completo que la Laguna San Rafael tiene una pequeña colonia de focas leopardo. Detrás de la foca, cerca de la orilla, estaba Pablo, descompuesto, dando gritos y gesticulando para que volara hasta la orilla.

Viendo las fotos que me había hecho Pablo y viendo como la foca estaba cortándome el paso a la playa debería haberme preocupado algo más. Pero ya lo hizo Pablo por los dos.



Montamos un bonito campamento con el San Valentín y el Glaciar San Rafael frente a nosotros, tiñéndose de rosa al anochecer.

Al día siguiente salimos con el mismo sol que nos acompañaba desde Gualas, remando hasta la boca del istmo de Ofqui. Desde la laguna San Rafael teníamos que llegar hasta el golfo de Penas en el otro lado de la laguna, y para ello, nada mejor que hacerlo a través del istmo de Ofqui.

El istmo es una depresión natural donde, hace más de 100 años, se intentó llevar a cabo una de esas imposibles obras de ingeniería que acaban en nada ante la imposibilidad del hombre frente a la naturaleza. La idea era buscar un atajo para llegar hasta la costa del Pacífico, un pequeño canal de Panamá a la chilena. Pero les bastaron unos pocos meses de faena para darse cuenta de que era una obra titánica e imposible para la época, para aquellos hombres o para una mezcla de ambos.

Desde la laguna San Rafael sólo había unos pocos kilómetros de bosque, un lago y un río, que desembocaba en el golfo de Penas. En realidad sólo

había que despejar un pequeño tramo de espesa selva, construir un canal navegable hasta el cercano río y navegar hasta el océano. Sobre el papel, que lo aguanta todo, a los ingenieros de la época debió parecerles tan sencillo como yo lo cuento ahora. Hasta que se pusieron a la tarea y se rindieron a la evidencia, exhaustos, dejando la obra sin terminar. Hoy no queda más que la cicatriz que le hicieron al bosque que, junto al estanque y el río Negro, son el mejor camino para llegar a la otra orilla.

El paisaje desde el istmo es impresionante. Desde las oscuras aguas del río, las montañas y glaciares del Campo de Hielo parecen al alcance de la mano en un día despejado. Disfrutamos de unas vistas privilegiadas sobre las montañas vírgenes. Allí mismo está el cordón de Aysen, repleto de picos esperando un primer ascenso.

Montamos campamento a mitad de río, en un lugar húmedo y fangoso. Al día siguiente, llegamos zarandeados por violentas ráfagas de viento a la inmensa playa de San Quintín. Adiós al anticiclón. La Patagonia volvía a vestirse otra vez de gris plata y lluvia. Delante de nosotros el mar rompía con



fuerza y al fondo de la imagen el enorme glaciar San Quintín ocupaba todo el horizonte. Teníamos que caminar esa playa de arena blanca de 25 km para acceder a la parte sur de nuestra travesía.

Como no podíamos movernos por la playa de una sola vez con todo el equipo a la espalda, tuvimos que recorrerla 3 veces portando todo el equipo.

A la vista del glaciar San Quintín, se sumaba la del cerro Arenales, uno de los colosos del Campo de Hielo, con apenas 4 ascensiones y docenas de montañas a su alrededor que no tienen siquiera nombre. Caminando por esa playa de un lado para otro, uno llega a olvidar la claustrofóbica selva y los días duros remando a contracorriente.

Al final de esa preciosa playa, nos dirigíamos rumbo a la parte más expuesta de la travesía: un complejo sistema de fiordos cuyo nombre lo dice todo: Fiordo Pulpo. Sus brazos crean un paisaje caótico de mar y selva que nosotros teníamos que remar y caminar. Los tramos de selva para llegar de un brazo a otro del Pulpo resultaron una jungla espesa, donde a veces solo podíamos avanzar 100 metros por hora.

El fiordo Pulpo nos tenía bien agarrados, a lo que se sumó una profunda depresión de viento y lluvia de las que azotan Patagonia sin tregua día y noche, dándole la razón al paisaje. Adiós a los días de sol y rosas. Otra vez llovía fuerte. El viento nos zarandeaba peligrosamente en el mar. Buscar un lugar donde poner la tienda era cada vez más difícil. A menudo las paredes del fiordo eran verticales y tapizadas de bosque, y si fuimos capaces de meter una tienda de campaña en esa espesura, fue porque lo necesitábamos como respirar.

A mitad del fiordo Pulpo se juntan varios brazos dejando una ancha plaza marina de 4 km que estábamos obligados a cruzar para salir de la encrucijada rumbo al sur. Es un paso delicado. Hay mucha agua y corrientes que con viento racheado embravecen el mar hasta poner el packraft al límite de sus capacidades. No es lugar para ir al agua. La meteorología cambia rápidamente, y en un cruce de 4 km puede ocurrir de todo. Decidimos darle con fe sin pensarlo demasiado, no parar de remar hasta llegar a la otra orilla, ir a derecho y contar con que la suerte pusiera algo de su parte. Volaban petreles y nadaban ruidosos leones marinos a nuestro lado, cuando

“Allí el viento se ve llegar desde lejos, levantando espuma sobre el mar antes de golpear, sin que puedas hacer nada más que aguantar el envite”.

menos puedes apartar los ojos de los remos o disfrutar del paisaje. Allí el viento se ve llegar desde lejos, levantando espuma sobre el mar antes de golpear, sin que puedas hacer nada más que aguantar el envite.

Al sur del fiordo Pulpo, el paisaje parece en construcción. Amontonado, en desorden. Los bosques son más espesos y verticales, trepan por las colinas por las que teníamos que subir o bajar agarrados a sus ramas. Los lagos y ríos minúsculos tienen el cauce repleto de árboles caídos que cortan el paso en todas direcciones; una verdadera locura vegetal que, después de más de 20 días de travesía, estaba poniéndonos al borde de nuestras fuerzas. Había que encontrar cómo llegar hasta el seno Martínez, salir de nuevo al océano y poner fin a esa locura antes de que se nos acabara la comida.

De esa última parte de la travesía, sólo sabíamos que unos polacos habían pasado por allí el año anterior. Como no sabíamos por dónde habían salido ellos exactamente, tomamos nuestro rumbo sabiendo que era pura exploración, porque los polacos, tan “simpáticos” ellos, no habían querido darnos ninguna información.



La mayor parte del recorrido, con la excepción de la laguna San Rafael o el istmo de Ofqui, se había cruzado sólo unas pocas veces o ninguna.

Algunos lagos ni siquiera tienen nombre, ni los había visitado nunca nadie. La salida hasta el océano fue nuestra exploración. El mapa que se elaboró años más tarde lleva nuestros apellidos. Son esas pequeñas cosas inútiles que no sirven para nada pero energullecen.

Llegamos finalmente al mar abierto por un último tramo de selva tan espesa que detrás del último árbol de esa muralla verde, salimos al mar como quien salta al vacío desde un trampolín. Hinchamos como pudimos los packraft y remamos siguiendo la orilla en busca de un lugar dónde poner la tienda.

Llevábamos 29 días luchando cuando encontramos Puerto Merino Jarpa: una bahía deshabitada con nombre prometedor. Delante de nosotros mucha mar y, al final de ese mar, Caleta Tortel. Habíamos llegado al final de la travesía, fundidos como un cohete de cera rumbo al sol.

@?

Firma @?